

diversiones, ya no serás del gusto del mundo; pero ¿qué importa si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaración de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alistate en la pequeña grey, para la cual está reservado el reino de los cielos.

---

### DIA DIEZ Y NUEVE.

#### SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.

San Pedro, llamado de Muron, del monte en que tenia su ermita, y despues Celestino del nombre que tomó cuando fué elevado al pontificado, nació por los años de 1221 en un lugar llamado Isermia, en los confines de la Pulla y del Abruzo, cerca de la tierra de Labor en Italia. En la historia de su vida, que el mismo santo dejó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fué nuestro santo el oncenno.

A la edad de cinco años perdió á su padre; pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló un equivalente de esta pérdida. Entreteniéndose un dia esta virtuosa madre con su numerosa familia, dijo por modo de diversion: *¿Será posible que, habiéndome dado Dios tantos hijos, ni siquiera uno de ellos haya de ser un grande siervo suyo?* — *No madre,* respondió Pedro con inocente intrepidez, *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo.* Esta respuesta, junto con el anticipado juicio que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia

tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demás hermanos se veian precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una vocacion de holgazanería. Sirvióse el demonio así de los zelos como de la murmuracion de sus parientes para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en orden á aquel mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion. Favorecióle Dios con muchas visiones, y le colmó de tan singulares gracias, que, disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, cuando saliendo de la casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña, que, pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pié de ella una estrecha gruta, en que no cabia echado ni podia estar en pié. Allí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en continuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüeños y provocativos habia visto en el mundo, y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurría á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Virgen, con las cuales y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que, reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron que pasase á Roma para recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubria el monte y cegaba los

caminos, hizo reflexion á la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó, y en vista de su indignidad mudó de parecer y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano, vestido de blanco, y le dijo estas palabras: Di misa, hijo mio, di misa. Respondióle Pedro: « San Benito y otros santos nunca se atrevieron á recibir los órdenes sagrados, ¿cómo quieres que yo peador y miserable me considere digno de recibirlos. » ¡Digno, hijo mio! le replicó el viejo, ¿y quién fué jamás digno de eso? Di misa con devocion y con respeto, di misa; y al decir estas palabras desapareció. No deliberó Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma. Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolucion de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le había honrado Dios. Retiróse al monte Muron, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecía una sepultura, en la que tenía su habitacion una monstruosa serpiente, que huyó luego que el santo entró á tomar posesion de ella.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo mas como ángel que como hombre, hasta que fueron á rozar aquella parte del monte, que rodeaba la cueva, para cultivarlo. Con esta novedad lo abandonó, pasando al monte Magela, donde halló una vasta y profunda caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios, que se habían puesto bajo de su direccion, y no querian dejarle. Pero el enemigo de nuestra salvacion, previendo ó rezelando los grandes bienes que había de producir aquella reciente congregacion bajo la disciplina de tan gran maestro, no perdonó á medio alguno para deshacerla, ó á lo menos para turbar su quietud.

Ni las inclemencias del tiempo, ni las incomodidades del sitio, ni la espantosa austeridad de la vida eran la

mayor tentacion que padecian. No dejó el demonio invencion, estratagema ni artificio de que no se valiese para disgustarlos; y ya dos compañeros principiaban á atemorizarse y á titubear, si el santo director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, extendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse bajo de su direccion, aunque su humildad se resistia siempre á gobernar ninguno.

Este fué el principio de aquella célebre religion de los Celestinos, que mas de cuatrocientos años ha se hace tan respetable en el mundo por los grandes ejemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud, uniendo admirablemente, segun su instituto, el espíritu del retiro con el de la vida cenobítica. No tomó el nombre de religion de los Celestinos hasta que lo escogió su glorioso fundador, cuando le hicieron digno sucesor de san Pedro.

Luego que el santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fué preciso hacer celdas, edificar un convento, y levantar iglesia en donde la modestia y la santidad se veia pintada en los hijos de nuestro Pedro, moviendo tanto á todos los que acudian á verlos por una devota curiosidad, que hacian cada dia insignes conversiones.

A los principios no tuvieron otra regla que los ejemplos de su santo director, siendo para ellos un modelo trazado segun la perfeccion del Evangelio. Empleaba el santo en oracion casi todo el dia, y la mayor parte de la noche, acompañandola siempre con abundantes lágrimas; y cuando no oraba, se ocupaba en algun trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne aun cuando estaba enfermo; y como si no hu-

hiera bastado esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas; ayunaba las tres á pan y agua, la cuarta excedía en la abstinencia á las otras tres. En cierta ocasion llegó su penitencia á ser excesiva; porque se condenó á pasar los cuarenta dias en una especie de sepultura, sin otra provision que diez panes y ocho cebollas; en cuyo tiempo, resuelto á no dejarse ver de persona alguna, cayó tanta agua y tanta nieve, y fué el frio tan riguroso, que endurecidos y helados sus vestidos, hubiera perdido la vida al rigor del temporal, si su abrasado amor de Dios no le hubiera ayudado á vencer tales inclemencias. Al fin de la cuaresma, habiendo sus discipulos ido á verle en aquella cueva, ó sepultura, le encontraron medio muerto, y sacándole de allí, notaron que tenia aun cinco panes, y que no podia haber vivido tanto tiempo sin milagro. Obligáronle á que moderase algo sus inimitables penitencias; pero la moderacion fué casi imperceptible á los que eran testigos de ellas. Traía á raiz de la carne un cilicio de cerdas, sembrado de nudos, y una cadena de hierro; su cama era la desnuda tierra, ó cuando mas unos sarmientos, sin otra almohada que una dura piedra. Pero en medio de tan asombrosas penitencias conservaba siempre un semblante alegre, sereno y risueño, con un trato tan dulce y tan apacible, que hechizaba á cuantos concurrían á hablarle.

Pero creciendo cada dia el número de sus discipulos, y teniendo noticia de que en el concilio general, que estaba para celebrarse en Leon, serian extinguidas todas las religiones que no estuviesen aprobadas por la silla apostólica, fué con dos de sus discipulos á echarse á los piés de Gregorio X, para que aprobase la suya. Recibióle el papa con aquella veneracion que merece la verdadera santidad: confirmó y aprobó con grandes elogios su religion, y la dió por regla la

de san Benito. Vuelto el santo á Magela convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la orden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban mas de mil y seiscientos monjes en treinta y seis monasterios.

A la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su siervo, y de la veneracion que toda Italia le profesaba, concurrían á él de todas partes, tanto, que, siéndole imposible hablar y consolar á todos en particular, se veía precisado á subirse á algun lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle y de oírle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tedio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dejarle, escogió un corto número de monjes, y secretamente se retiró con ellos á un sitio muy solitario, llamado san Bartolomé de Loja; pero descubierto en él poco tiempo despues, aun fué mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo mas alto del monte Magela: empeño inútil, porque cuanto mas se esforzaba el humilde siervo de Dios en ocultarse á la vista de los hombres, mas se empeñaba el mismo Dios en manifestarle. No fué para él mas tranquilo este desierto que lo habían sido los otros; porque extendido el rumor de su nueva habitacion, aun fué mayor el concurso que lo había sido en las antecedentes; esto le hizo creer que el Señor no le quería en aquel desierto, y así se restituyó á su antigua y primera celda del monte Muron.

Hacia catorce meses que estaba vacante la silla de san Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavia otros trece sin que los cardenales, congregados en Perusa, pudiesen convenirse en la eleccion

de sucesor, cuando cansados en fin de una dilacion tan perjudicial y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiracion propuso en el cónclave al solitario Pedro de Muron, como al hombre mas santo que se conocia entonces en el mundo. Aplaudió todo el sacro colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una eleccion tan legítima como desinteresada; pero quedaba por vencer la mayor dificultad, que era rendir la humildad del santo á que diese su consentimiento. Enviáronle la acta de su eleccion por el arzobispo de Leon, y por los obispos de Orvieto y del Puerto, con dos notarios apostólicos, y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios, resistiendo á su eleccion, y concluian pidiéndole que se dignase pasar cuanto antes á Perusa.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oídos ni á las razones de los diputados, ni á las estrechas instancias de los reyes de Sicilia y de Ungría, que habian ido á visitarle, se huyó secretamente; pero como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquilea, donde quiso ser consagrado, haciendo el viaje en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir otra cosa las instancias de los principes ni de los cardenales. Fué su consagracion y su coronacion en la ciudad de Aquila el dia 29 de agosto del año 1264; y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó tambien su religion, que hasta allí se habia llamado la congregacion de San Damian.

No hizo mudanza con la suprema dignidad, ni en la austeridad de la vida, ni en las máximas de su profunda humildad. Mandó construir en su palacio pontificio una celdilla de madera muy parecida á la

que tenia en la ermita. Era para el santo pontifice una verdadera cruz el tumulto de la corte, la multitud y el estrépito de los negocios; pero nada alteraba aquella paz y tranquilidad interior que gozaba su alma; siendo cada dia mas íntima su union con Dios, y dejándose admirar su virtud aun mas desde la elevacion de la silla de san Pedro, que en el monasterio de Muron.

Despues de su consagracion, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia, pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administracion de las rentas de la sede apostólica, y para el gobierno de la corte de Roma. Nombró excelentes sugetos para muchos obispados vacantes, é hizo una promocion de doce cardenales, todos de mérito muy sobresaliente, siete franceses, y cinco italianos, entre los cuales habia dos de su orden, cuya virtud tenia bien experimentada. Daban todos mil gracias á Dios por haber enviado á su Iglesia tan santo pastor, cuando despertándose de nuevo su natural amor al retiro, no suspiró por otra cosa que por la soledad.

Puesta de acuerdo su humildad con su natural inclinacion, se persuadió que no podia menos de padecer mucho detrimento la Iglesia por su falta de experiencia en los negocios, y por su notoria insuficiencia. Pareciale que no tenia fuerzas para tan pesada carga, y suspirando siempre por su amado retiro, resolvió quitarla de sus hombros. No halló mucha resistencia en los cardenales, aunque algunos le quisieron meter en escrupulo por la voluntaria abdicacion que meditaba; pero otros muchos le sosegaban, poniéndose de parte de su resolucion. Expidió una bula en que declaraba que cualquiera pontifice podia renunciar por sí mismo la tiara; y á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses, como italianos, que solo atendian á la eminente san-

tividad de tan gran pontifice, resolvió hacer dimision del sumo pontificado. Luego que se extendió la voz por la corte de Nápoles, concurrió á palacio en procesion un gran número de prelados, todo el clero, los religiosos y el pueblo; y habiéndose dejado ver el papa en una ventana para darles la bendicion, un prelado le suplicó en alta voz, en nombre de todo el clero y de todo el pueblo, que no pensase su Santidad en dejar un cargo que ejercia tan dignamente; pero nada de esto bastó para aquietar sus escrúpulos, y así renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno consistorio el dia 13 de diciembre, cinco meses y ocho dias despues de su exaltacion. El mismo dia dejó todas las insignias, y tomando su hábito de monje con el nombre propio de Pedro, se echó á los piés de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos, con la pronta eleccion de un sucesor que ocupase dignamente la cátedra de san Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos. San Pedro Celestino descendió así del trono apostólico con mayor gozo que otros suben á él, y ya no pensó mas que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Cayetano, que once dias despues fué nombrado papa en la misma corte de Nápoles, y coronado en Roma el dia 16 de enero siguiente, con el nombre de Bonifacio VII, juzgó que debia asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia, que puesto de rodillas le pedia para retirarse al desierto, y pasar el resto de sus dias en su pobre celda. Creyendo el santo que ésta repulsa no tenia otro principio que el deseo de detenerle en la corte, huyó secretamente á su monasterio, donde fué recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneracion debidas á su virtud. Entró el papa

sanos solo con tocar su hábito; pero aunque fué grande el número de sus milagros, el mayor de todos fueron las portentosas conversiones que hizo. Cuando tomó el hábito, no se contaban en toda Italia mas que veinte conventos de la observancia, y en ellos á lo mas doscientos frailes: cuando murió, pasaban los religiosos de seis mil, y los conventos de trescientos en sola Italia.

No obstante de hallarse ya con la salud muy quebrantada por sus continuas fatigas y excesivas penitencias, fué á predicar en Ferrara, Verona, Vincencia, Padua, Mantua, Lodi y Crémone. Advertido sin duda por el cielo del dia de su muerte, se despidió de los de Sena en un sermón muy tierno y muy patético. Partió de esta ciudad el dia 29 de abril de 1444 para volver al reino de Nápoles. Eran misiones sus viajes; el dia 3 de mayo predicó en la isla del lago de Perusa; ocho dias despues en Espoleto; el jueves siguiente en Cita-Ducal. Hacia tiempo que se sentia muy malo, pero el zelo suplía la debilidad; al fin se rindió á la cama. Condujéronle á Aquila, donde cuatro dias despues, consumido de fatigas y de penitencias, colmado de merecimientos y abrasado en llamas del divino amor, despues de recibir todos los sacramentos con sensible y tierna devocion, espiró tranquilamente, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, el dia 20 de mayo del año 1444, vispera de la Ascension, al mismo tiempo que sus frailes estaban cantando la antifona de las visperas: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus*, etc. Padre, di á conocer á los hombres tu santo nombre, y ahora voy á tí. Murió á la edad de 64 años.

La noticia de su muerte hizo concurrir al entierro innumerable multitud de gente, así de la ciudad como de los pueblos de la comarca. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continua-

vida. Murió á la edad de casi 75 años, á los diez y siete meses despues de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exequias con la mayor solemnidad, asi en la iglesia de San Pedro, como en la de San Antonio, cerca de Ferentino, donde fué enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de orden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonizacion el año de 1305, y en el mismo se celebró esta el dia 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el papa con officiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegirico del santo, y fijó su fiesta al dia 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay tambien una porcion de ellas en los Celestinos de Paris, y otras menores en diferentes iglesias.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Pedro de Moron, que de anacoreta fué creado papa con el nombre de Celestino V; pero renunciando el pontificado para volver á su soledad, vivió en ella santamente, y esclarecido en virtudes y milagros entró en el gozo del Señor.

En Roma, santa Pudenciana virgen, que despues de haber sostenido infinitos combates, de haber enterrado con reverencia muchos cuerpos de santos mártires, y de haber distribuido casi todos sus bienes á los pobres por amor de Jesucristo, pasó en fin de la tierra al cielo.

Allí mismo, san Pudente senador, padre de esta misma virgen, que, habiéndose revestido de Jesucristo en el bautismo que le confrieron los apóstoles, conservó sin mancha la ropa de la inocencia hasta el fin de su vida.

Además en Roma, en la via Apia, la fiesta de san Calocero, camarero mayor de la mujer del emperador Decio, y de san Partenio, superintendente en otro officio, los cuales, no queriendo sacrificar á los idolos, fueron martirizados por orden del mismo emperador.

En Nicomedia, san Filotero, hijo del procónsul Paciano, que, despues de haber padecido mucho en tiempo del emperador Diocleciano, recibió la corona del martirio.

En la misma ciudad, seis santas vírgenes y mártires: la principal que se llamaba Ciriaca, habiendo reprendido libremente la impiedad de Maximiano, fué azotada cruelmente, destrozado todo su cuerpo, y por último quemada.

En Cantorbery, san Dunstano obispo.

En Bretaña, san Ivoñ, presbítero y confesor, que por amor de Jesucristo abogaba las causas de los huérfanos, de las viudas y de los pobres.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui beatum Petrum  
Cælestinum ad summi ponti-  
ficatus apicem sublimasti, qui-  
que illum humilitati postponere  
docuisti: concede propitius,  
ut ejus exemplo cuncta mundi  
despicere, et ad promissa hu-  
milibus præmia pervenire felici-  
ter mereamur. Per Dominum  
nostrum...

O Dios, que sublimaste á la  
cumbre del sumo pontificado  
al bienaventurado Pedro Celestino,  
y despues le enseñaste á  
posponer á la humildad aquella  
elevacion; concédenos benigno,  
que á su imitacion desprecie-  
mos todas las cosas del mundo,  
y merezcamos conseguir los pre-  
mios que están prometidos á los  
humildes. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia v, pág. 97.*

#### NOTA.

« Ya se ha dicho que este libro, llamado unas veces  
» del *Eclesiástico*, y otras de la *Sabiduria*, se escribió

» en hebreo, y fué traducido en griego por un nieto  
 » del autor, y reinando Ptolomeo Fison. San Jerónimo  
 » asegura haber visto en su tiempo un ejemplar he-  
 » breo, que no se intitulaba *del Eclesiástico*, sino *de las*  
 » *Parábolas.* »

## REFLEXIONES.

*Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida.* Solo fué grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es abusiva. El nacimiento ilustre da gran nombre, las riquezas gran crédito, las bellas y grandes acciones mucha fama, los empleos gran reputacion, y las dignidades puesto elevado; pero hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo mas en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se olvida, y llega á extinguirse del todo con el tiempo; las dignidades y los empleos pasan sucesivamente de unos á otros como se le antoja al principe; y el mismo principe se ve despojado de todo su majestuoso aparato, enterrándose con él la grandeza y la majestad en el sepulcro. Háganos ahora ver el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginarias grandezas que tanto cacarea. Se puede tener gran nombre, grande equipaje, grandes rentas, gran dignidad, sin ser grande; porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se hunde, y se desvanece con la vida, no es grandeza, no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que solo subsiste en el lisonjero concepto, y en la vana fantasia de los hombres. Solo Dios es grande, y solo con respecto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El mas pobre labrador es verdaderamente grande,

siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni de dignidades para ser grandes; la grandeza va á buscarlos en sus mayores abatimientos, en su humildad mas profunda. Eminencias, excelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables dignidades, tronos augustos, decidme: ¿pasais mas allá de la muerte? ¿se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos; este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á ella rinden homenaje los grandes de la tierra. Sea santo un pobre criado, un vil esclavo; postraráse á sus piés el mayor monarca del mundo; tendráse por dichoso en poner bajo de su proteccion á su persona, á su casa y á su reino. *Agradó á Dios.* No se dice nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos; distinguióse por la penetracion, por la vivacidad, por la solidez de su talento; fué espléndido en la mesa, magnifico en el tren; no se vió prelado mas ostentoso, ni ministro mas lucido. El Espiritu Santo usa otro lenguaje; Dios juzga de las cosas de otra manera. *Agradó á Dios;* y esto fué lo que hizo tan grande á este pontífice, repartió grandes limosnas, y en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; pero ¿cuándo llegará el tiempo de conformarse con ella?

*El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia v, pág. 156.*

## MEDITACION.

SE DEBE DEJAR TODO, Y TODO SE DEBE SACRIFICAR  
 PÔR DIOS.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que, estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon y con